

El soneto encuentra en Fingerit un cincelador, no a la manera parnasiana de un Heredia, o modernista de un Herrera Reissig, sino un seguro plasmador de estados de alma y de procesos del entendimiento, en la línea directa de los maestros del Siglo de Oro. Fingerit, que se ha familiarizado con todas las formas del verso libre, que ha traducido a Vachel Lindsay y a los «surrealistas», encuentran en esta síntesis poética el estuche apropiado para encerrar su rica substancia interior, su llama secreta, aquella:

«Figura de latidos encendida,
luminaria con brasa que se anuncia
y del cielo parece descendida
para colmar un alma que renuncia».

La edición es primorosa, verdadera obra de arte, con cincuenta ejemplares en papel Conqueror London, numerados y firmados por el autor.—JUAN MARÍN.

<https://doi.org/10.29393/At149-253DPEC10253>

«EL CACHORRO».—Tipos y ambiente de auténtica chilenidad

Después de haberlo perdido de vista por muchos años, volvemos a encontrar a nuestro antiguo conocido Papelucho, y tomamos el hilo de sus aventuras con el interés apasionado que nos despierta este ejemplar característico de nuestra raza.

Corren los lustros que siguieron a la ocupación de las salitreras por los chilenos y una actividad desordenada y febril se ha apoderado de esa región. Muchos voluntarios han cambiado las armas por las herramientas, han afluído capitales y músculos extranjeros, y la pampa inhospitalaria, hosca y rajada por el calor, vibra al golpe del combo y la picota. A la lucha cruel

de los hombres en aquel escenario dantesco, que sembró de cadáveres el desierto y regó charcos de sangre en la arena, ha sucedido el combate de todos con la hostilidad geológica, con la violencia estática del paisaje que no ofrece un árbol contra el taladro del sol y el látigo del viento, ni una gota de agua para la sed que devora la tierra y el horizonte. Las necesidades comunes, más sabias que las pasiones humanas, han hecho guardar los odios de la contienda en lo más hondo del pecho, donde lentamente se asfixian, y los ex combatientes, trabajando codo con codo, riegan con un solo chorro de sudor la dura costra de caliche. En las oficinas conviven los enemigos de ayer, y aunque se miran de reojo y a veces el relámpago infernal del cuchillo venga a mansalva los rencores engendrados en el campo de batalla, las cicatrices y padecimientos de la campaña se van borrando con los padecimientos que se comparten en la brega con la tierra avara; en la melancolía y la nostalgia de las noches del campamento, en que los acordeones, las guitarras y las quenás alzan sus quejas al cielo indiferente; en las alegrías comunes de los días de pago, que permiten darse un buen atracón de víveres y alcohol y dormir una siesta dichosa.

Los puertos salitreros vibran de actividad. Los trenes bajan de la pampa cargados de salitre, y los barcos zarpan, «palos al cielo y proa al horizonte», llevando a todas las llanuras del mundo el oro blanco. El comercio y el trabajo laten al diapasón de la prosperidad. Los indios del Altiplano y del Perú, chinos, ingleses, yanquis, yugoeslavos, mezclan sus indumentarias, fisonomías y lenguas en el ajetreo afebrado de los negocios. El momento es propicio para los hombres de lucha y José Luis Llanquilef, ex Papelucho, está en su elemento. Su padre ha terminado mal su vida de borracheras y aventuras lamentables, ha muerto en el patíbulo, y Papelucho ha cambiado de nombre para borrar de su vida la huella infamante. ¿Pero, por qué se ha bautizado José Luis Llanquilef? ¿No era más natural que un hombre que iba perforando verticalmente

las capas sociales buscara un apellido español y no uno araucano, que delataría un origen obscuro, o más propiamente de color? ¿Se ha querido dar así al personaje un carácter más criollo, valorar la sangre aborigen? Como quiera que sea, lo cierto es que este lastre araucano que se echa encima nuestro hombre, no retarda su paso.

Llanquilef revela ser todo un carácter, armado de actividad incesante, sobria disciplina, resistencia a la adversidad, control en la abundancia. Todas estas cualidades son un tanto inusitadas en un hombre de cuyo árbol genealógico cuelgan algunos ajusticiados, pero no son imposibles. La experiencia dura, enseña, no siempre al individuo, pero sí a la estirpe, y en la sangre de José Luis se había incrustado un terror instintivo al hospital y al patíbulo. Por eso no se da tregua en el afán de asegurar el porvenir para él y los suyos, y lo vemos pasar de peón de la pampa a empleado subalterno, tentar luego el comercio por su cuenta y riesgo, y surgir en todas partes por su actividad, su astucia, y sobre todo por la fuerza del carácter. El carácter, según Emerson, constituye una fuerza invencible, y debe serlo más cuando lo acompaña la habilidad, la concordancia con el medio, la prosperidad general. Llanquilef trepa por un cable cualquiera al barco de la fortuna, soplan vientos favorables y nuestro héroe principia a ascender en la marea que sube.

El libro está escrito en estilo llano y fácil, sin muchas pretensiones literarias, lo cual hace más agradable y sencilla su lectura. El autor no ha querido hacer una obra que desafiara la descontentadiza crítica literaria, sino llegar a todos los públicos, describir el rudo escenario de la pampa y los puertos abigarrados y febriles en uno de los períodos más interesantes de nuestra historia: la época en que el salitre estaba entregado al esfuerzo particular y se improvisaban en la misma fragua, a golpes de combo y a tiros de dinamita, los capitanes de la industria.

Como para simbolizar la vinculación que había de establecerse entre los antiguos combatientes, nuestro héroe se enamora de una peruana, una piqueña. El poeta que hay en Silva aprovecha la ocasión para describirnos el perfumado y tranquilo oasis de Pica, sus naranjos, limas y limoneros, sus mangos, sus flores encendidas, toda la exuberancia vegetal que irrumpe como una maravillosa orquestación cromática en el desierto, al golpe de la batuta musical de un chorro de agua. Se diría que todo la pampa, muerta de sed, de monotonía y soledad, concentrara allí sus sueños de vida, estallando en una algarabía de colores, trinos, aromas...

En aquel ambiente idílico, adormecido por el aliento cálido del desierto, discurren los primeros amores de Llanquilef. No todo es miel en esta aventura, pues los rencores de la contienda también se han concentrado en el oasis y duermen allí una siesta ligera. Al enamorado no le queda más recurso que raptar una noche a su amada, utilizando la complicidad de una mulata. Y tenemos al amor, salvando triunfante las fronteras, los rencores y prejuicios, y escapando en una victoria hacia las playas hospitalarias de Iquique. La dicha de los amantes es inmensa y no se menoscaba con la legislación matrimonial de la intrépida aventura.

La formación del hogar y el anuncio del primer hijo, el Cachorro redoblan el ardor combativo de Llanquilef y su comercio de verduras sigue creciendo. Pronto nace el niño, pero luego Llanquilef pierde a su esposa. Menudean los viajes entre Iquique y Valparaíso, lo que da ocasión para pintorescos relatos y animadas descripciones de la costa; su exuberancia de vegetación en Aconcagua, su progresiva disminución hacia el norte. Pasando de Coquimbo, la tierra va tomando caracteres desérticos, hasta convertirse en la pampa rojiza, en una crispación de olas salobres sin una brizna de hierba. Se advierte fácilmente que el desierto natural es sólo la superficie cubierta de salitre, donde el exceso de sales im-

pide toda vegetación. El otro desierto, que llega hasta el río Coquimbo, ha sido la obra del hombre, que ha cortado y rozado árboles sin piedad y jamás ha replantado. En estos viajes, el Faro de Lengua de Vaca es avistado con singular agrado por el viajero, pues esa lengua de tierra tendida en el mar oculta las playas nativas del autor.

Papelucho se ha convertido en hombre de negocios importantes. Viaja en primera en los grandes transatlánticos. En uno de estos viajes encuentra a una inglesita que conoció cuando fué obrero en una oficina, la que ha conocido también reveses de fortuna, y fué víctima de un obrero sajón, el que la dejó con un hijo y desapareció por el ancho mundo. Se inicia con la hermosa viajera una amistad sentimental, un idilio discreto y respetuoso, un amor que va creciendo en silencio, saboreando su propio misterio, su noble reserva.

La gringuita se ha ocupado como secretaria en la casa de comercio de Llanquilef. Llega un momento en que los jóvenes se declaran su amor y resuelven formalizar matrimonio. Ocurre entonces un episodio novelesco que queda disimulado en la naturalidad del relato; una carta de Inglaterra le comunica a la inglesita que el aventurero perdido por tantos años ha muerto, dejándole una fortuna considerable, pero con la condición de que permanezca soltera y resida con su hijo en Londres. Llanquilef y la inglesita se quieren mucho, pero han sufrido pobreza y contratiempos y saben que es peligroso gobernarse por los sentimientos. Se resuelve la partida a Londres de la joven y el novio se quedará trabajando en Iquique hasta que pueda ir a vivir a Inglaterra y salvar la muralla de oro que el muerto ha puesto entre ellos.

A poco andar, nuestro héroe se asocia con sus suegros peruanos, los abuelos del Cachorro, e instalan una nueva oficina salitrera en terrenos de éstos. Llanquilef es el gerente de la nueva empresa. La suegra, una linajuda dama piqueña, jamás ha perdonado al roto de Llanquilef el rapto de su hija,

su prematura muerte, de que también lo responsabiliza, su aventura amorosa con la inglesita y otras aventuras imaginarias que provocan muy reales injurias. Los negocios marchan bien, mientras las cartas vienen y van a Inglaterra y Llanquilef y su suegra se disputan el cariño del Cachorro.

De pronto, se produce una crisis. El pánico vuela como un cuervo agorero sobre la pampa, en la que se agita una población inmensa, y sobreviene el paro. Esta descripción del paro y su paralelo con la huelga tiene fuerza dramática, grandeza trágica. Es un agua fuerte que graba en la memoria su cuño indeleble. Vemos pasar las hordas de trabajadores con sus familias, sus animales domésticos, sus trastos lamentables. Van de la pobreza del trabajo a la miseria de la cesantía en una emigración dantesca. Invaden trenes, caminos, atajos. La población cosmopolita de la pampa se reintegra a sus lares: los bolivianos, indios en su mayoría, repechan las montañas hacia el Altiplano; los chilenos y peruanos se amontonan en los puertos esperando los barcos que han de repatriarlos. En las oficinas quedan sólo los jefes, dirigiendo la retirada general, como la oficialidad de un barco que se hunde. El desierto, sin una hoja de hierba, donde se mantenía una población numerosa gracias al esfuerzo continuo, queda ahora doblemente desierto, y sólo montones de cajas de conserva, de botellas vacías, de huesos y desperdicios, marcan el sitio de los campamentos ilusionados y febriles. Hay un horror apocalíptico en esta emigración desesperada y la visión intensa del poeta ha dado a este episodio doloroso, vida permanente en el arte. Pero aun no está agotado el horror de estos acontecimientos. Los hombres se han ido de la pampa, pero han quedado en ella los perros, porque no hubo espacio ni tiempo para llevarlos en esta huída del hambre. Los perros abandonados se reúnen en jaurías que recorren las soledades, los campamentos desiertos, en busca de desperdicios. El hambre los hace volver a la ferocidad primitiva, los retrotrae al lobo y al cha-

cal. Asaltan los campamentos y hay que repelerlos a tiros. En más de una ocasión atacan y devoran a un caminante. Luego la falta de agua provoca la hidrofobia y la pampa pasa a ser el teatro de aquellas jaurías enajenadas. Nadie puede aventurarse fuera de las oficinas. Pasan a lo lejos las nubes de polvo que levantan las manadas furiosas. A veces atacan las casas, famélicos, hirsutos, desesperados, colgando de los belfos la espuma mortífera. La locura anda suelta y se ha apoderado del desierto como una maldición bíblica. Los sobrevivientes de la catástrofe se defienden en las casas como en fortalezas.

Este último zarpazo de la adversidad desgarró la estrella venturosa de nuestro héroe. Un día el Cachorro ha salido de la casa, por un descuido de la sirviente y de la abuela, y mientras está jugando y revolcándose en la tierra, se le viene encima una jauría. Llanquilef acude a defenderlo, levanta a su hijo en alto y lo libra, pero él sale lleno de mordeduras y pierde el sentido, mientras sus acompañantes dispersan a tiros la manada furiosa.

Ya nuestro amigo está condenado a muerte. Ha dado la vida por el hijo. Va a Santiago, con la lentitud de aquel tiempo, se le aplican inyecciones, se le da de alta, vuelve a Iquique, donde el pueblo lo recibe como un héroe. Proyecta un nuevo y mejor giro para la salitrera, asociando a la empresa a su novia y a su futuro cuñado, pero todo esto lo hace sobreviviéndose. Ya en el pensamiento del autor, Dios que maneja el destino de los seres novelescos, Llanquilef está condenado a muerte. Pronto la fiebre y dolores crueles ponen cerco a su vida y a su razón. La furia de los perros, abandonados al hambre y la locura, ha tomado su revancha.

Por esta enunciación de los hechos principales, se verá que estamos en presencia de una novela vital, nutrida, pletórica de acción y movimiento. El estilo fácil y rápido, sin aliños ni rebuscamientos, hace más agradable la lectura, dándonos la

impresión de un buen amigo que nos recibe sin ceremonias, en cordial intimidad, y nos impone de todo en forma amable y ligera.

Esta obra tiene la virtud de ser un estímulo optimista, un tónico para la voluntad. Es muy importante el efecto que la literatura, sobre todo la novela, produce en la mentalidad y el carácter generales. Esta obra, que nos muestra a un luchador tenaz, es un catecismo de energía, un evangelio de actividad, una lección de democracia, toda vez que el héroe asciende a las capas superiores de la sociedad, levantado por su empuje. Hay en la novela amenidad e interés, que cogen al lector hasta el final; verosimilitud, naturalidad, intensidad en la pintura de los tipos y los ambientes. En resumen, Silva ha dotado a la novela chilena de una de sus obras mejores, fijando con el reactivo del arte, caracteres y panoramas sociales fundamentales en nuestra vida.

Un escritor chileno nos decía una vez que la novela chilena fundamental, aun por hacerse, debe tener por base el arrivismo, pues el arrivista es el hombre representativo de nuestra idiosincrasia. Creemos esta opinión algo pesimista. El arrivista trepa simulando cualidades, supliendo el talento con la astucia, el trabajo con el afectismo, mistificando, y no puede mantenerse hasta el fin. El engaño se descubre y la sociedad sólo entrega sus recompensas al hombre realmente útil.

Creemos que la gran novela chilena deberá tener por base a uno de nuestros pioneros de la minería, la industria o la agricultura, que suba desde el bajo fondo a las alturas, dando ocasión para describir la estratificación social, con sus diferencias raciales, sus problemas e inquietudes, aspiraciones y vicios y su temple aventurero.

José Santos Ossa, campeón del salitre; Urmeneta, visionario del cobre; Cousiño, «poeta del carbón»; los hombres que conquistaron para la civilización la montaña austral, eliminando al araucano, son los héroes en potencia de nuestras gran-

des novelas. Ellos aguardan el genio del novelista que los haga revivir para hacer nuestra grandeza moral, como antes hicieron con su esfuerzo la prosperidad material del país.—D. PERRY B.

ROMANCES DE AGUA Y DE LUZ, por *Carlos René Correa* (1)

Este segundo libro que el joven poeta de «Camino en Soledad» lanza a la indiferencia del público chileno, confirma sus dotes líricas ya conocidas y abre nuevas esperanzas a los que vamos siguiendo su labor en nuestras letras.

Si la difícil sencillez del clásico romance castellano no alcanza en este libro sus valores más seguros, pues el poeta no da todavía con el camino que ha de orientar sus emociones y su credo artístico, es manifestación bien clara de sus aptitudes y de su firme decisión de trabajo.

Como la mayoría de los poetas jóvenes de América que cultivan el romance, no ha podido librarse de su admiración al poeta granadino, y de su influencia, por lo tanto. No se trata de una imitación servil; pero hay reminiscencias que le perjudican, que creemos útil de anotar.

García Lorca, en su «Romance de la luna, luna», comienza así:

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño, la mira mira.
El niño la está mirando.

Y Carlos René Correa, en su «Definición de romance», nos dice que

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1937.